

Calvocoressi Peter. **World Politics since 1945**. Londres, Longman Group Limited, 1983, 516 pp.

Libro de consulta muy útil para quienes necesitan ubicar los hechos que han conmovido la escena internacional a partir del término de la segunda gran guerra, en su mera factualidad.

En su cuarta edición, de la que el ejemplar que se reseña es la tercera reimpresión, el autor actualiza algunos de sus capítulos e incorpora acontecimientos del lapso entre 1976 y 1980.

Su primera parte muestra el establecimiento de un orden posbélico marcado desde su raíz por "el advenimiento de las armas nucleares y la rivalidad estadounidense-soviética". Detalla la escalada a la "Guerra Fría" por los escalones de la división de Europa y luego pasa revista a lo que contempla como contrapesos para esta tensión extrema: la emergencia de China como una potencia distanciada simétricamente de los dos polos, la ejemplaridad de Japón como la construcción de un poder sin armas, la legitimación de un orden basado en las soberanías nacionales mediante la creación de las Naciones Unidas y la substitución de un gobierno mundial por un colegiado de potencias dotadas de veto, y la neutralidad o no-alineación que colorea la multiplicación de Estados soberanos a consecuencia de la liquidación del orden colonial.

Lo demás es afocar, por áreas geopolíticas, Europa, Medio Oriente, Asia, Africa y América Latina, los acontecimientos particulares moldeados por o conformadores de ese orden apreciado por el autor.

La obra pretende ser más que un anuario o almanaque: "El propósito principal de un libro de este tipo — dice el autor — es ordenar una masa de detalles fácticos y de esa manera procurar *explicaciones* de lo que ha sucedido".

En efecto, el texto y la armazón toda del libro está penetrada de reflexiones e interpretaciones, frente a las que parece conveniente recomendar al lector ciertas reservas, ya que si está probado que ni el ascético formato estadístico del anuario deja de incurrir en cristalizaciones ideológicas, la explícita exhibición de los puntos de vista de un autor pueden producir el efecto de curarlo en salud y prevenir un sondeo ulterior de su pretendida objetividad, por parte de lectores ingenuos; sobre todo, frente a un texto de imán narrativo que conjuga, muy bien y muchos, datos que enmarcan el trabajo de todo internacionalista.

¿Dónde se sitúa Calvocoressi para echar una mirada al mundo que le devuelve una imagen pesimista y comunica una cierta actitud irónica a su pluma? En la estratósfera. El prólogo a la tercera edición de su obra, incluido en la que aquí se reseña (cuarta), pinta con ingenuidad la inquietud primordial que mueve su atención a lo largo de todos sus capítulos. Es como si se preguntara ¿Qué hacen los hombres allá abajo? Y se respondiera un despectivo: Pelean, siempre pelean.

"Este libro cubre ahora un periodo de 30 años — 35, diría en su edición de 1981. En estos años, el mapa mundial ha cambiado poco. Estados Unidos y la Unión Soviética siguen en conflicto. La esencia de este conflicto es el choque del poder, aunque su curso y naturaleza han sido afectados ideológicamente, sobre todo por el lado estadounidense, ya que mientras la URSS ha usado su poder — en Europa y luego en Medio Oriente y en los océanos — de manera y con propósitos que han sido una divisa europea durante siglos, el mayor despliegue de fuerza de Estados Unidos — en Vietnam — se debió en gran medida a la visión de que el poder de los soviéticos y el de los chinos debía contenerse en razón de ser comunistas".

Es decir, el móvil del conflicto es y ha sido el poder, que iguala a los contendientes. A esa altura no se puede apreciar una diferenciación cualitativa de intereses. Es cierto que esa posición le permite a veces cierta objetividad; por ejemplo, cuando analiza el problema que Japón tiene para abastecerse de materias primas, define:

"Inglaterra en el siglo XIX y Estados Unidos, después, habían tenido un problema similar y lo habían resuelto por una variedad de medios que caen bajo el rubro de imperialismo. La esencia del imperialismo, desde este punto de vista, no es la dominación de un área en nombre de la gloria sino la dominación con miras a asegurarse el flujo de materiales, sea canalizándolos directamente hacia sí, o asegurándose de que los productores continuarán produciendo tales materias y no otras o estimulando una mayor producción de ellas. Los medios incluyen la inversión y, por este conducto, la apropiación total o parcial de minerales, plantíos y manufacturas".

Después de todo, algo se aprende en las alturas; a no pocos analistas les convendría remontarse a ellas de vez en cuando, como remedio contra la miopía; pero nuestro pasajero no ha conseguido purificarse de clichés muy terrenales y con frecuencia reproduce los puntos de vista ideologizados que señala en el ojo ajeno: se acoge a la visión satanizadora de la Unión Soviética en todo momento. De la megalomanía y ambición territorial zarista de Stalin no es difícil acordarse, la misma izquierda lo hace todos los días; pero del asalto, abierto o enmascarado a que las potencias europeas sometieron a la Revolución Bolchevique desde su mismísimo estreno hasta la aventura hitleriana, de toda la especulación del mundo capitalista sobre si era mejor dejar que los nazis ablandaran a Rusia o si se corría el riesgo de que su derrota fortaleciera excesivamente a los fascistas, que es en parte la lucha entre Chamberlain y Churchill, este tipo de libros no se acuerda nunca. No querría acordarse de la responsabilidad de la avaricia capitalista en la fragua de las condiciones de posibilidad de ese tipo de monstruos.

En cambio, qué benignos le parecen los estadounidenses que por su "desinclinación a usar bombas" — dice — no arrasaron con una Unión Soviética debilitada en extremo al cabo de la guerra, cuando antes ha dicho que Truman lanzó las atómicas, como se sabe, sobre un Japón prácticamente capitulante. ¿Y quién asegura que no tanto, como opina Calvocoressi, para contener la "ambición zarista" como para continuar la zapa de

ideas revolucionarias que Occidente santamente había emprendido antes de generar el infierno de la gran guerra, que cundía en toda Europa, y que sólo se mediatizaría mediante largas campañas y purgas, y que incluso en Estados Unidos tuvieron que ser perseguidas por el maccartismo (el que Calvocoressi de paso desapruueba, como una estupidez que deterioró la imagen estadounidense), razón por lo cual no parece haber estado tan a la mano la opción de erradicar a los soviéticos, a menos que se quisiera bombardear con atómicas a la propia Europa, cosas que no recuerda el autor, como sí concederá, pero fuera de contexto, que la URSS no era tan débil militarmente puesto que sus tropas podían ocupar el Continente?

Demasiadas preguntas en una para alguien que está contemplando la gesticulación histórica obnubilado por el sencillo horror de avisorar un nuevo brote del fantasma bélico. ¿Qué debemos hacer? ¿orar? o ¿esperar que las mujeres tomen las riendas? Ellas que "han sido acreditadas por la suavización de las maneras", dice Calvocoressi, en una típica mediatización sexista del movimiento feminista.

Libro muy útil, éste. Aparte de su función de diccionario de historia contemporánea, es un inventario de los argumentos en que se incurre cuando se tiene al "poder" como el demiurgo omniexplicatorio de los hechos.

*Jorge Jufresa*